

Carlos Charlin Ojeda.

LA HISTORIA DE RAPA-NUI

EL MISTERIO DE LA ISLA Y LAS EXTRAÑAS COSTUMBRES
DE SUS ANTIGUOS HABITANTES.

BUSCAR la isla de Pascua, «Rapa-Nui» en el idioma tahitiano, «Te Pito He Nua» el primitivo dialecto, es ya un problema en cualquier carta geográfica que nos da la verdadera sensación de su fantástica distancia del continente americano. Partiendo del puerto de Caldera, rumbo al Occidente, demoraremos diez o más días en salvar las 2,200 millas marinas.

Descubierta allá por el año 1722, provocó la codicia de dos países europeos que jamás lograron ponerse de acuerdo y que resolvieron entregarla a un tercero cualquiera: CHILE. Este tiene su posesión desde el 9 de Septiembre de 1888. Fué un navegante holandés el primer blanco que arribara a ella y que la designara con el nombre de Isla de Pascua por haber sido el día 5 de Abril de 1722, el del primer contacto con la civilización europea. Hay quienes dicen que don Pedro Fernández de Quiroz, buscando el derrotero de la isla de Santa Cruz, allá por Febrero de 1606 llegó a Rapa-Nui, nombrándola en sus memorias como la *Isla de los Cuatro Coronados*, designación que según veremos más adelante, corresponde a los *cuatro clanes* que se repartían el dominio de la isla.



Años más tarde, en 1770, estuvo el Comandante Felipe González, español, con los buques San Lorenzo y Santa Rosalía, informando a su regreso al Cailao haber descubierto la Isla de San Carlos y que el imagina fuese la Tierra de Davis. Luego pasan los años, y en 1774, el famoso navegante inglés Cook la visita y después de él La Perouse en 1786; Kotzebé en 1816 y Beechey en 1825.

Un acta, redactada en castellano y pascuense, que firmaron, en representación del Gobierno de Chile, el Cdte. Policarpo Toro del buque *Angamos* y 20 indígenas dió término a las anteriores disputas y cambió a los desgraciados nativos su soberanía en la cual ya tienen cuarenta y cuatro años.

La población de la isla ha ido decreciendo en forma alarmante lo que permite suponer la total extinción de la raza en pocos años más, si nuestro gobierno no interviene sanitariamente en esa apartada región del territorio. Censos practicados por navegantes nos dan las siguientes cifras: En 1863 la población era de 1,800 habitantes, de los cuales se llevaron a las Islas Chinchas arbitrariamente más o menos 800 y a reclamación del Consulado francés, por los maltratos y miserias que pasaban estos infelices, fueron repatriados los sobrevivientes; el año 1868, tenemos ya sólo 930; en 1903 bajan aún a 600, y hoy, 1932, no alcanzan a ser 300.

El panorama que se nos presenta en el horizonte es el de los dos grandes volcanes extinguidos, recortados en la superficie del agua, como grandiosos altares apagados por las divinidades. Saciaron su orgullo, hace más de diez mil años, hundiendo millares de pueblos, en ese abismo inescrutable del océano, que jamás cuenta lo que ha visto. Investigaciones de eminencias científicas están de acuerdo en que hubo un enorme continente que se llamó *Lemuria*, entre Asia y América y que alcanzó en su civilización todos los

grados de una gran cultura. Es la moderna explicación que permite unir los restos de los monumentos mayas y aztecas, con sus razas y costumbres a las civilizaciones más remotas de la India. De otro modo sería absurdo suponer que de las lejanas Islas Salomón, en débiles canoas, se trasladaran indígenas hasta la Isla de Rapa Nui, a una distancia de más de 10,000 millas como lo indican en idénticas inscripciones, muchos de sus ritos y leyendas.

El *Rano Kao* y el *Rano Roi*, son las columnas que enmarcan el paisaje de la isla, soliviantado por innumerables pequeños cráteres de diez a treinta metros sobre el nivel del mar. El primer volcán, el *Rano Kao* (Volcán de la Laguna), parece haber recibido un hachazo formidable, que deslizó en el mar toda su falda septentrional, permitiendo ver el cráter profundo recortado como una uña, en uno de cuyos extremos se encuentra la ciudad subterránea y misteriosa de Orongo, construída de tejas pizarras. El fondo del cráter mide más o menos 500 metros de diámetro y las paredes escarpadas hasta él pasan de los sesenta metros. El otro volcán, el *Rano Roi*, majestuosamente alto detiene, en su cima, las nubes que constituyen en sus lluvias la única agua para los habitantes y que estos almacenan en sus estanques.

La isla tiene aproximadamente 14 km. en su mayor largo por 4 a 8 km. de ancho. Son 12,000 hectáreas, de las cuales arrendaba por \$ 100 mensuales, una firma extranjera, 10,000, dejando el resto, naturalmente las peores, para la manutención de los nativos y que son las únicas cubiertas por las piedras de las erupciones lejanas. Estas 2,000 hectáreas constituyen el lugar denominado *Anga Roa* (Bahía Grande), donde se agrupan las humildes construcciones de los nativos. En la falda Norte del *Rano Kao* está *Mata Veri* (Ojo de Mosca), donde reside independiente de todos, el administrador de la Compañía Explotadora de Isla

Se ha desarrollado mucho el ganado vacuno y el caballar ha llegado a formar una raza especial de rocines muy buenos para las carreras por las afiladas piedras de la isla, muy del gusto de los nativos.

Esto es lo que podría decir en lo que se refiere a su aspecto natural.

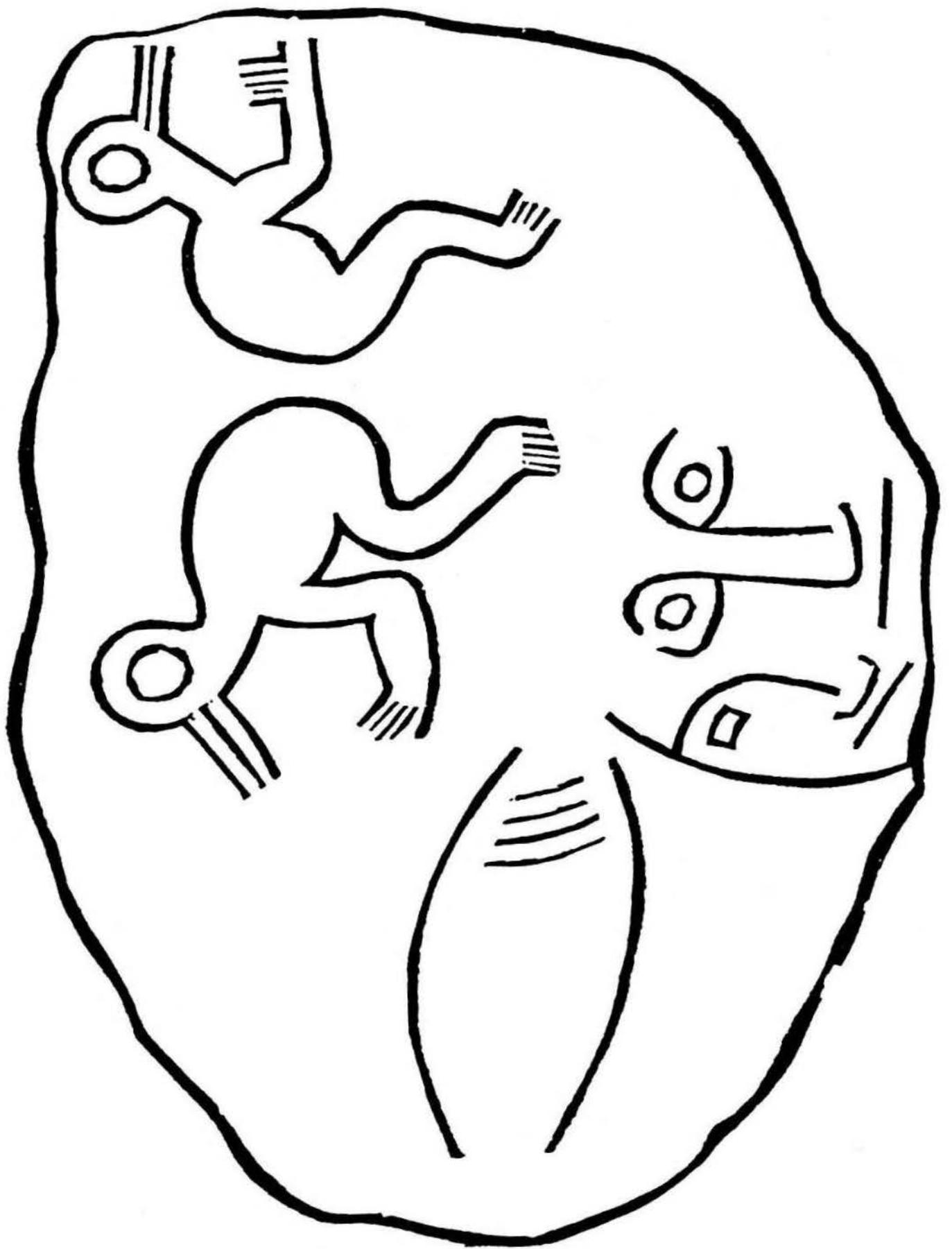
Políticamente, antes de la llegada de los blancos, se dividía la isla en cuatro clanes y que coinciden con los puntos cardinales, a saber: los «Fanau Bae Pe (Orejas Largas) en el Norte de la isla, en la parte llamada *Poike*; los «Fanau-Bae-Momoko» (Orejas cortas) en el Oeste, en *Anga Roa*; los «Bae-Bae-Roa» (Canillas largas) en el Este, en *Vai Hu* (Agua caliente), y los «Bae-Bae Iti» (Canillas cortos) en el Sur, en Orongo.

Cada uno de estos clanes tenía su rey y un jefe guerrero, los que para toda la isla eran *Tabu*. Es curioso que sea la misma palabra la que en toda la Polinesia se emplea para designar la prohibición que alcanza a todo lo que concierne al soberano y los objetos que le rodean o le sirven de alimento y que junto con las personas de éstos, el rey y el jefe guerrero, son inviolables e intocables. Este respeto, que constituía un prejuicio ancestral, como veremos más adelante fué la causa de la extinción de la monarquía en la Isla, y aun hoy ciertos rasgos místicos revelan el temor a todo aquello que antes fué «tabú», a pesar de que la religión católica, por intermedio de varias misiones, ha destruído el tesoro inconmensurable en su valor psíquico de los ritos antiguos.

El rey o «Ariki» era la suprema autoridad, y si su clan era a la vez el más poderoso de la Isla, asumía el gobierno de ésta. Su cargo era hereditario. La poligamia era una consecuencia de la abundancia en las cosechas, que permitía a los nativos adquirir tanto cuanto podían mantener. El serrallo del rey se enriquecía generalmente, del combate con el clan vecino.

El cargo de jefe militar se elegía por una curiosa selección entre los más diestros del «clan» a la muerte del antecesor. Se reunían todos los habitantes, sin excepción de clanes en un lugar denominado «Mata-Veri» y durante varios días se dedicaban a sus danzas y comilonas; hasta que el «Ariki», del clan en elecciones, convocaba a los aspirantes al puesto en la cumbre del volcán *Rano Kao*. A una señal se precipitaban desde una altura de 80 a 100 metros al mar y nadaban hasta alcanzar el huevo del ave sagrada, *Manu Tara*, que esta coloca en las rocas del frente, *Motu Rau* y *Motu Nui*. El primero que regresara a tierra con el huevo era ungido y reconocido hasta su muerte como el jefe militar. Es preciso imaginarse esta empresa, hoy, desde el sitio en que se realizaba; naturalmente, sacrificaba a muchos, pero era el mejor modo de elegir al más capacitado para las futuras empresas guerreras, que tan a menudo se emprendían entre las distintas tribus, muchas veces por pequeñas disputas, otras por la simple envidia de sus elementos y en la mayoría de los casos por asaltar las cosechas y mujeres de los vecinos, quienes pagaban su derrota sirviendo de banquete a los vencedores.

El «Ariki» era también el brujo del clan y predecía las catástrofes, las guerras y a los que él designaba como próximos a morir, preparaban su equipo y se despedían de sus camaradas, felices de abandonar esta vida, convencidos de que allá en la muerte serían mucho más felices, pues compartirían un mundo de genios, dioses y demonios los cuales dedicaban su tiempo a gozar sin tener que preocuparse de cosechar, ni pescar, entregados por completo al amor. Por eso la muerte era para todos motivos de fiesta y durante varios días bailaban y cantaban en honor de aquel dichoso que tan rápido salía del trance duro de la vida. Después de envolverlo en una «Moenga» (estera) se organizaba el cortejo fúnebre que lo trasportaba hasta



el *Ahu* (cementerio), cantando en coro improvisaciones que aludían las hazañas, muchas de ellas imaginarias, realizadas por el finado, e invocando la protección de los dioses.

La isla tiene tantos *Ahu* como ciudades deben haber existido. Cada uno de ellos es una pirámide de piedras graníticas pulidas en grandes bloques, truncada por una plataforma sobre la cual alzaban grandes monolitos tallados a imagen de los dioses, según la leyenda actual, o bien, al parecer de autorizadas opiniones, como simple imagen de muertos ilustres; estos son los famosos Moáis de Rapa Nui, que miden algunos hasta seis y siete metros. Alrededor del *Ahu* existían nichos subterráneos de forma circular que permitían a los primitivos pascuenses depositar el cadáver con todos los utensilios familiares, incluso los dioses domésticos, pequeñas figuras humanas talladas en madera con todos los rasgos físicos especialmente estilizados, los tolomiros. También era costumbre depositar junto al cadáver, las calaveras talladas, en su cráneo, de los principales enemigos que este tuvo en su vida, a fin de que en el más allá aquellos no pudiendo recuperarla, jugándole una mala pasada.

La naturaleza generosa les proporcionaba los alimentos, y la vida sólo se limitaba para ellos: al amor, a la danza y a la guerra.

Los dioses, demasiado humanos, compartían sus pasiones, padecían sus defectos y se dividían sus virtudes: el dios del bien, Atua; el dios del Mal Aku-Aku; la divinidad-origen Hotu-Matua y su mujer Tua Vie; el dios del robo, Make Make; Vivi Vivi, el dios del amor y su mujer Uka Riva. Mahana era el Sol y Mahina la Luna.

Dos cosas aumentan el misterio de la isla: las leyendas que refieren algunos nativos sobre sus antepasados y que nos hacen suponerlos contemporáneos a la Era Cristiana y la incógnita de los monumentos,

construcciones e inscripciones, cuya edad geológica, en algunos remonta a los diez mil años, y en otros, como en unos dibujos, tal vez sean tres mil años.

Estudiando ahora las inclinaciones, costumbres y cuanto rasgo es posible apreciar en los nativos, queda la certidumbre por su inteligencia muy despierta, su constitución física musculosa, a pesar del poco esfuerzo físico que actualmente hacen, que es una raza que tuvo un gran desarrollo y una gran cultura y civilización. Las mujeres revelan en miles de actitudes resabios de perdidas costumbres, tienen refinamientos en el arte de agradar que las elevan de ese nivel salvaje en que se les podría considerar racialmente en el cuadro de otras islas de la Polinesia. ¿Llegaron los nativos después de la catástrofe que concluyó con la Lemuria, o bien fueron estos los únicos que se salvaron de ella, perdiendo en luchas internas todo su progreso, exterminándose en el cruce inevitable de parientes? Esa es la pregunta que surge al observarlos tan distintos del resto de las razas que pueblan esas islas de Oceanía y tan parecidos en muchos rasgos a nuestros indios americanos. Es curioso oírles reminiscencias de acciones y costumbres que nunca han presenciado, pues salvo tres o cuatro, nadie más ha salido de la isla. Recitan cantos cuyo significado ya olvidaron y que hoy no pueden decir si era una canción, un rezo o simplemente una leyenda, como este que copio tal cual lo oí:

«Kaunga Te Rongo, Ki I A Hina Mangó, Eve Raku Raku
Teke Te Makoi, Haka veke Oho, Iroto Te Koro Niu Haupu,
Kara Taka Rata, Kiere Teke Rete, Ete Té De Ure Momoni,
Kiri Vaku Vaku, Kau Ka Tea, Tata Kipo Iho Iho,
Tata Kipo Veá Veá, Te Ruro Peaha Te Kana Peaha,
Hai Peaha, Mutu Nutu Po, Koreva Ure Ki Kiu,
Koe Koe Te Ure, O Mai Te Nua Hine, More Kata Tau,
Kata Tau Te Ure Mahaki...»

Todas las músicas de los cantos son preciosas y embriaga oirlas. Siempre dejan un poco de tristeza por la sensación de lejanía de que están impregnadas.

Los reyes que existen en la memoria de los nativos son los siguientes, sin que haya una certeza por su orden cronológico: Inu Meke, Va Kai, Marama Roa, Mitia Ke, Utu Iti, Inu Kuna, Mira Otu Raga, I Nú, I Kuú, I Kú Kana, Tuku Haha, Tuku Itu, Aumod Mana, Tupai Rike, Matai Bi, Terai Kai, Rai Muraki, Gobara, Te Pito y Gregorio Riro Roko quién fué el último Ariki y que se suicidó a los 12 años por defender sus cabellos que los misioneros querían cortárle a causa de la epidemia de viruelas que diezmaba a los nativos. El Tabú pudo más que la vida.

El suicidio era muy corriente entre los antiguos, por las opiniones que éstos tenían del más allá. El volcán Rano Kao era el que ellos preferían para esta determinación y queda todavía la roca, en su cúspide, desde la cual se lanzaban al espacio, mientras en la sima los restos de estos héroes de la eternidad, fraternalmente confundidos, resisten la acción del tiempo.

Su idioma es un dialecto maorí, pero el que hoy usan es el tahitiano, habiendo olvidado ya muchos nativos el antiguo pascuense, por lo que es una dificultad para el que investigue esto, distinguir los vocablos puros de Rapa-Nui. Entienden el castellano y algunos lo hablan. Muy pocos saben escribir en caracteres antiguos y también escasos los que emplean nuestro abecedario.

Su escritura de origen es geroglífica, y en ella abundan los signos de figuras que representan pájaros, hombres-pájaros, atunes, tortugas. Pero también existen caracteres fálicos que hace suponer una civilización más remota, totalmente extinguida antes de la geroglífica, pues no hay entre ellas ningún lazo que permita descifrarlas.

Estudiando los restos monumentales de la isla puede uno aceptar la teoría de dos etapas de culturas

diferentes y sin conexión. La primera que puede estimarse de un desarrollo de diez mil años comprende los moaís y los ahu, con las construcciones de Ana Kena, y la otra de la ciudad del volcán Rano Kao y que conocemos por Orongo, con sus bajos relieves e inscripciones fálicas. Posterior a esta son los geroglíficos de las tablillas de Rongo-Rongo con las leyendas de los nativos.

En un nuevo trabajo relataré todo lo relacionado con la mitología pascuense, las diversas leyendas de los moaís y las costumbres actuales.

NOTA: Los «linoleum» que exornan el texto de este artículo, representan motivos de antiguas costumbres pascuenses de que hay numerosas muestras en las cavernas y restos de tumbas de la isla. Han sido dibujados sobre modelos auténticos y grabados en «linoleum» por el propio autor de este trabajo en sus días de permanencia en Pascua.